El laberinto israelí
Carlos LARRÍNAGA

Historiador

El pasado 21 de octubre el primer ministro israelí en funciones, Benjamín Netanyahu, renunció a formar gobierno ante una evidente falta de apoyos. Fue entonces cuando el presidente de la República, Reuven Rivlin, encargó dicho cometido a Benny Gantz, líder de Azul y Blanco, ganador de las elecciones del 17 de septiembre. Hay que recordar que en abril se produjo un empate técnico entre el Likud de Netanyahu y el partido de este ex general que llegó a Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa de Israel entre 2011 y 2015. Esta igualdad entre el Likud y Azul y Blanco y la imposibilidad de establecer un ejecutivo obligaron a Bibi a hacer un nuevo llamado a las urnas, debido a que la política de bloques no funcionó. Pues bien, tampoco Gantz ha sido capaz de conformar un gabinete. Mientras Azul y Blanco cuenta 33 escaños, el Likud posee 32. Sin embargo, durante toda la campaña electoral Gantz insistió en que no gobernaría con Netanyahu. Los casos de corrupción que asedian al dirigente del Likud le están pesando como una losa, pues tiene que hacer frente a tres investigaciones policiales que quizás den con sus huesos en la cárcel. No es la primera vez que tal cosa sucede en Israel. En efecto, fue lo que le pasó a Ehud Olmert. Por lo que lo mismo podría ocurrirle a Netanyahu.

La verdad es que el fracaso de Gantz no me ha extrañado demasiado, pues tenía muchos elementos en contra, a saber. La endiablada fragmentación del parlamento israelí entorpece sobremanera alcanzar la cifra mágica de los 61 diputados que permite gobernar. Eso, los personalismos existentes o la división entre mayoría judía y minoría árabe. Todo un cóctel que dificulta enormemente alcanzar acuerdos. Y aquí, como en abril, cabe destacar el papel de Avigdor Lieberman, un político ultraderechista laico que, al frente de Israel Nuestra Casa, ha obtenido 8 asientos en la Cámara, los suficientes como para haberse convertido en imprescindible en todo tipo de negociación. Lo cual no deja de ser paradójico si tenemos en cuenta que estamos hablando de un político que basta repasar la hemeroteca para ver la cantidad de barbaridades que ha dicho de los palestinos. Un individuo que, procedente del Likud, fundó un partido extremista y llegó a ministro de Asuntos Exteriores con su actual enemigo Netanyahu. Nacido en Moldavia, vive en una colonia judía, pasando de la legalidad internacional. Un sujeto que no cumple con los estándares democráticos de Europa, pero que en Israel se ha convertido en una figura fundamental del juego político, tal como se está viendo.

Básicamente tres eran las opciones que se presentaban. La primera, una entente Likud-Azul y Blanco sin la presencia de Netanyahu, que sumaba 65 votos sobre 120. Era el recurso barajado por los dirigentes de Azul y Blanco, pero no ha sido posible por la falta de sintonía entre ambas formaciones y por las presiones dentro del Likud del propio Bibi. De esta manera, no ha podido cuajar un gobierno de unidad, la expectativa más deseada, ya que se hubiese vuelto a una cierta centralidad, al quedar fuera los partidos extremistas. La segunda alternativa tenía escasos visos de salir adelante. Consistía en una coalición alrededor de Azul y Blanco en la que entrarían también los laboristas, la izquierda pacifista, Israel Nuestra Casa y la Lista Conjunta árabe. En total, 65. Esta solución era muy difícil porque Lieberman no estaba dispuesto a coaligarse con los palestinos. La Lista Conjunta estaba aspirando a apoyar a Gantz a cambio de librarse de Netanyahu, pero no a comprometerse también con Lieberman. Finalmente, cabría pensar en otra convocatoria de las elecciones, que es hacia lo que parece abocado Israel

si, en el plazo de tres semanas desde el 21 de noviembre, cualquier diputado del Parlamento no consigue instituir un gobierno. ¿Lo volverá a intentar Netanyahu? No es descartable, puesto que, como jefe del Ejecutivo, estaría exento de la obligación de dimitir una vez que el fiscal general le impute por corrupción, como ya ha pasado. Los últimos movimientos van precisamente en esta dirección, pues sabe que el proceso durará meses. ¿Acaso la última ofensiva sobre Gaza no trata de reforzar su figura, lo mismo que sus ataques en Siria? ¿O el hecho de que Estados Unidos diga ahora que los asentamientos en Cisjordania no van contra la ley internacional? Todo un regalo de su amigo Donald Trump. Tendría sólo 21 días para lograrlo y, aunque se empeña en querer seguir liderando el país, está francamente tocado. De todos modos, las probabilidades de que alguien forme un gabinete son muy pocas y todo apunta a uno nuevos comicios en marzo. ¡Tres en menos de un año!

22 de noviembre de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 25 de noviembre de 2019, p. 15